Un evangelio que salva y condena // Juan José Estévez

Dios es justo

Dios se manifiesta como justo y misericordioso, no considerando inocente al culpable, pero ofreciendo la oportunidad de recibir su gracia a quienes se acercan con arrepentimiento y en la sangre de Cristo. Su gracia no es un premio que se gana por méritos personales, sino un regalo que se concede a quienes no merecen nada. Tener una experiencia personal con Jesús transforma la vida, permitiendo que las personas compartan el evangelio que salva y guíen a otros hacia Dios. Predicar el evangelio tiene como fin principal salvar vidas y mostrar la oportunidad de recibir la gracia divina, convirtiéndose en un mensaje vital que merece ser compartido en todas partes. La verdadera justicia de Dios combina misericordia y responsabilidad, ofreciendo redención sin comprometer su santidad.

Los lobos rapaces

Jesús advierte sobre profetas que aparentan ser ovejas pero en realidad son lobos rapaces, y señala que se pueden reconocer por sus frutos. Según Mateo 7, un buen árbol da buenos frutos y uno malo produce frutos malos; por ello, es fundamental observar las acciones y resultados de quienes enseñan. No se pueden obtener uvas de espinos ni higos de abrojos, y todo árbol que no produce fruto será cortado y echado al fuego. Esta enseñanza enfatiza que la apariencia externa o las palabras bonitas no son suficientes para validar la vida espiritual de una persona. Los verdaderos seguidores de Dios demuestran su autenticidad mediante el fruto de sus acciones y la manifestación de vida transformada.

Somos hijos de Dios

Ser hijo de Dios implica más que declararse cristiano; requiere manifestar los frutos de la vida de Cristo en la propia existencia. Muchas personas se consideran cristianas por tradición o por no conocer otra religión, pero sin reflejar la vida de Cristo en sus acciones, la fe se queda vacía. La verdadera prueba de la fe está en cómo se vive diariamente, demostrando el amor, la paciencia y la bondad enseñados por Jesús. No importa la iglesia o el grupo al que se pertenezca; lo que Dios reconoce son los frutos de vida que se producen. Cada aspecto de la vida, desde la familia hasta la comunidad, debe reflejar la presencia de Cristo en quien dice seguirlo.

El fruto de la vida de Dios en ti

La vida de Dios en una persona produce frutos que van más allá de cumplir mandamientos o realizar obras visibles; son la expresión de un corazón transformado. La diferencia entre obra y fruto es clara: las obras son acciones externas, mientras que el fruto es la manifestación interna de la vida divina. Cuando una persona experimenta a Dios personalmente, su vida comienza a cambiar y las obras se vuelven consecuencia de esa transformación, no un medio para alcanzar la salvación. El Espíritu Santo es quien permite que la palabra de Dios fructifique en nosotros, y no basta con aprender versículos o doctrinas. Ser cristiano es una invitación de Dios, y los frutos evidencian que su vida habita en nosotros.

El evangelio no busca la gloria del hombre

El propósito del evangelio es glorificar a Dios y no al hombre, llamando a dejar de buscar reconocimiento propio para honrar al único que lo merece. Las personas deben ser

valoradas por el fruto que la vida de Dios produce en su corazón y no por las acciones externas o la apariencia de santidad. Quienes aún no producen frutos verdaderos están en un proceso de aprendizaje y crecimiento espiritual. Dios no busca listas de acciones, sino corazones transformados que puedan ser instrumentos útiles. Permanecer en Cristo y permitir que su vida se manifieste garantiza que el fruto que se produzca glorifique al Padre y no al hombre.

Jesús es la vid verdadera

Jesús se describe a sí mismo como la Vid Verdadera y explica que su Padre es el labrador que poda y limpia a los que producen fruto, para que den aún más. Los discípulos deben permanecer en Jesús para poder dar fruto, ya que separados de Él nada pueden hacer. La relación entre la vid y los pámpanos representa cómo los creyentes dependen de Cristo para producir fruto en su vida espiritual. Aquellos que permanecen en Él verán su vida transformada y fructificarán abundantemente. La enseñanza muestra que sin la conexión con Jesús, cualquier esfuerzo por producir frutos espirituales será inútil y estéril.

Todo pampano que en mí no lleva fruto lo levantará

Dios actúa para levantar los pámpanos y asegurarse de que den fruto, evitando que caigan y se desperdicien. La poda y el cuidado de la vid representan cómo Dios guía y corrige para que los creyentes crezcan adecuadamente y produzcan resultados duraderos. La religiosidad sin fruto es insuficiente y no refleja la verdadera vida de Dios; lo esencial es permitir que la vida divina transforme el corazón. Cada creyente necesita ser levantado y corregido para alcanzar el potencial que Dios desea manifestar. Así, el cuidado divino asegura que la vida de los creyentes produzca frutos visibles y espiritualmente

valiosos.

Yo soy la vid verdadera

Los creyentes son como pámpanos que deben estar injertados en la Vid Verdadera para producir fruto; sin esta conexión, la vida espiritual es improductiva. La vida de Cristo en nosotros es la fuente que genera frutos, y nuestras acciones externas por sí solas no garantizan crecimiento espiritual. La ley solo juzga, mientras que la gracia permite recibir salvación sin merecerla. El fruto de nuestra vida evidencia que Cristo habita en nuestro corazón; sin esta conexión, la existencia se vuelve una apariencia vacía y sin sustancia. La verdadera vida cristiana se mide por la presencia de Cristo y el fruto que esta produce.

Si no damos fruto en nuestra vida

La vida en Cristo produce frutos que incluyen amor, gozo, paz, paciencia, bondad, fe, mansedumbre y templanza, demostrando la presencia de Dios en nosotros. Si no damos fruto, es porque hemos dejado de recibir la savia divina o porque nuestra naturaleza caída no ha sido transformada en la cruz. La producción de frutos espirituales no depende del esfuerzo humano, sino de la vida de Cristo que habita en nosotros. El amor verdadero surge únicamente de esta vida interior, y no puede ser simulado ni condicionado por intereses egoístas. Así, dar fruto es la evidencia de una vida conectada con Dios y transformada por Él.

La manguera y la higuera

Jesús maldice la higuera sin fruto para enseñar que Dios no se conforma con la apariencia externa, sino que busca cambios que produzcan fruto real. Aunque la higuera estaba fuera de temporada, Dios exige frutos en la vida de sus seguidores que

reflejen amor, paz, gozo y paciencia. No se trata de acciones humanas, sino de permitir que la vida de Dios fluya en nosotros para producir resultados auténticos. La parábola muestra que la obra de Dios en nosotros es lo que permite que demos fruto y que nuestra vida no se quede en vanidad o religiosidad superficial. Cada creyente está llamado a reflejar la vida de Cristo a través de su transformación interna.

La viña y la higuera

Dios viene a nuestra vida para buscar fruto, a veces otorgando plazos de gracia para producir cambios. La apariencia externa sin fruto es inútil; hojas y flores no reemplazan el fruto real. Dios actúa para levantar a sus hijos y permitir que den fruto, incluso usando la cruz como instrumento de transformación. La vida en Cristo no depende de roles o circunstancias, sino de estar enraizados en Él para que la manifestación de su vida sea evidente. Dar fruto refleja una vida espiritual activa y transformada, mientras que no producirlo indica desconexión con la verdadera vid, que es Jesús.

Oración

La oración busca la presencia de Dios para que fructifique en la vida de cada creyente, guiando su corazón y llenándolo de su vida. Se pide que Dios permita dar fruto no según expectativas humanas, sino según su voluntad, manifestando su vida en nosotros. Orar implica pedir dirección y bendición para servir como canales de vida y transformación para otros. La oración refuerza la necesidad de permanecer conectados a Dios y permitir que su Espíritu produzca resultados duraderos. El propósito es vivir una vida que glorifique a Dios y se refleje en frutos visibles y espiritualmente significativos.